

de la misma dignidad algo mas que merecer.

Debemos alabar en los Mexicanos la generosidad con que anelaban á semejantes pundoiores; y en Moctezuma el haber inventado en su república estos premios honoríficos: que siendo la moneda mas facil de batir, tienen el primer lugar en los tesoros del Rey.

### CAPITULO XVII.

*DASE NOTICIA DEL ESTILO CON que se medían y computaban en aquella tierra los meses y los años: de sus festividades, matrimonios, y otros ritos y costumbres dignas de consideracion.*

Kalendario de los Mexicanos.

**T**Enian los Mexicanos dispuesto y regulado su kalendario con notable observacion. Gobernabanse por el movimiento del sol, y midiendo sus alturas y declinaciones para entenderse con el tiempo. Daban al año trescientos y sesenta y cinco dias como nosotros; pero le dividian en diez y ocho meses, señalando á cada mes veinte dias, de cuyo número se componian los trescientos y sesenta; y los cinco restantes eran como dias intercaláres, que se añadian al fin del año para igualar el curso del sol. Mientras duraban estos cinco dias (que, á su parecer, dexaron advertidamente sus mayores como va-

Cómputo del año

Dias intercaláres.

cíos y fuera de cuenta) se daban á la ociosidad, y trataban solo de perder, como podian, aquellas sobras del tiempo. Dexaban el trabajo los oficiales, cerrabanse las tiendas, cesaba el despacho de los tribunales, y hasta los sacrificios en los templos. Visitabanse unos á otros, y procuraban todos divertirse con varios entretenimientos, dando á entender que se prevenian con el descanso para entrar en los afanes y tareas del año siguiente: cuyo ingreso ponian en el principio de la primavera, discrepando del año solar, segun el cómputo de los astrólogos, en solos tres dias que venian á tomar de nuestro mes de Febrero.

Principio del año en la primavera.

Tenian tambien sus semanas de á trece dias con nombres diferentes, que se notaban por imágenes en el kalendario; y sus siglos, que constaban de quatro semanas de años: cuyo método y dibujo era de notable artificio, y se guardaba cuidadosamente para memoria de los sucesos. Formaban un círculo grande, y le dividian en cincuenta y dos grados, dando un año á cada grado. En el centro pintaban una efigie del sol, y de sus rayos salian quatro faxas de colores diferentes que partian igualmente la circunferencia, dexando trece grados á cada semidiámetro: cuyas divisiones eran como signos de su zodiaco, donde tenia el siglo sus revoluciones, y el sol sus aspectos prósperos ó adversos segun el color de la faxa. Por defuera iban notando en otro círculo mayor con sus figu-

Sus semanas.

Sus siglos.

La planta del siglo servia de historia.

ras y caracteres los acaecimientos del siglo, y quantas novedades se ofrecian dignas de memoria: y estos mapas seculares eran como instrumentos públicos que servian á la comprobacion de sus historias. Puedese contar entre las providencias de aquel gobierno el tener historiadores que mandasen á la posteridad los hechos de su nacion.

Notable supersticion en el cómputo de los siglos. Creían que se acababa el mundo.

Habia su mezcla de supersticion en este cómputo de los siglos, porque tenian aprehendido que peligraba la duracion del mundo siempre que terminaba el sol aquella carrera de las quatro semanas mayores: y quando llegaba el último dia de los cincuenta y dos años, se prevenian todos para la última calamidad. Despedianse de la luz con lagrimas, disponianse para morir sin enfermedad, rompian las vasijas de su menage como trastos inútiles, apagaban los fuegos, y andaban toda la noche como frenéticos, sin atreverse á descansar hasta saber si estaban de asiento en la region de las tinieblas. Pero al primer crepúsculo de la mañana empezaban á respirar con la vista en el oriente: y en saliendo el sol, le saludaban con todos sus instrumentos, cantandole diferentes himnos y canciones de alegría desconcertada: congratulabanse despues unos con otros de que ya tenian segura la duracion del mundo por otro siglo, y acudian luego á los templos á congratularse con sus dioses, y á recibir la nueva lumbre de los sacerdotes, que se encen-

dia delante de los altares con vehemente agitacion de leños combustibles. Prevenianse despues de todo lo necesario para empezar á vivir: y este dia se celebraba con públicos regocijos, llenandose la ciudad de bayles y otros exercicios de agilidad dedicados á la renovacion del tiempo, no de otra suerte que celebró Roma sus juegos seculares.

La coronacion de sus Reyes tenia extraordinarios requisitos. Hecha la eleccion como se ha dicho, quedaba el nuevo Rey obligado á salir en campaña con las armas del Imperio, y conseguir alguna victoria de sus enemigos, ó sujetar alguna provincia de las confinantes ó rebeldes antes de coronarse, ni ascender al trono real: costumbre digna de observacion, por cuyo medio creció tanto en pocos años aquella Monarquía. Luego que se hallaba capaz del dominio con la recomendacion de victorioso, volvia triunfante á la ciudad, y se le hacia público recibimiento de grande ostentacion. Acompañabanle todos los nobles, ministros y sacerdotes hasta el templo del dios de la guerra, donde se apeaba de sus andas, y hechos los sacrificios de aquella funcion, le ponian los Príncipes electores la vestidura y manto real: le armaban la mano diestra con un estoque de oro y pedernal, insignia de la justicia; la siniestra con el arco y flechas, que significaban la potestad, ó el arbitrio de la guerra: y el Rey de Tezcucó le po-

Coronacion de sus Reyes.

nia la corona, prerogativa de primer elector.

Amonestable de la obligación del nuevo cargo.

Oraba despues largo rato uno de los magistrados mas eloqüentes, dandole por todo el Imperio la enhorabuena de aquella dignidad, y algunos documentos en que le representaba los cuidados y desvelos que trahía consigo la corona, lo que debía mirar por el bien público de sus reynos, y le ponía delante la imitación de sus antecesores. Acabada esta oracion, se acercaba con gran reverencia el mayor de los sacerdotes, y en sus manos hacia un juramento de reparables circunstancias. Juraba primero que mantendría la religion de sus mayores, que observaría las leyes y fueros del Imperio, que trataría con benignidad á sus vasallos; y que mientras él reynase andarían concertadas las lluvias, que no habría inundaciones en los rios, esterilidad en los campos, ni malignas influencias en el sol. Notable pacto entre Rey y vasallos, de que se ríe Justo Lipsio; y pudieramos decir que le querían obligar con este juramento á que reynase con tal moderacion, que no mereciese por su parte las iras del cielo, no sin algun conocimiento de que suelen caer sobre los subditos estos castigos y calamidades públicas por los pecados y exorbitancias de los Reyes.

Juramento del Rey.

En los demás ritos y costumbres de aquella nacion tocarémos solamente lo que fuere digno de historia, dexando las supersticiones, indecencias y obs-

cenidades que manchan la narracion, por mas que se digan sin ofensa de la verdad. Siendo tanta como se ha referido la muchedumbre de sus dioses, y tan obscura la ceguedad de su idolatría, no dexaban de conocer una Deidad superior, á quien atribuían la creacion del cielo y de la tierra: y este principio de las cosas era entre los Mexicanos un Dios sin nombre, porque no tenían en su lengua voz con que significarle; solo daban á entender que le conocían mirando al cielo con veneracion, y dándole á su modo el atributo de inefable con aquel género de religiosa incertidumbre que veneraron los Athenienses al Dios no conocido. Pero esta noticia de la primera causa, que al parecer habia de facilitar su desengaño, sirvió poco en aquella ocasion; porque no se hallaba camino de reducirlos á que pudiese gobernar todo el mundo, sin necesitar de otras manos, aquella misma Deidad, que, segun su inteligencia, tuvo poder para criarle: y estaban persuadidos á que no hubo dioses de esotra parte del cielo, hasta que multiplicandose los hombres, empezaron sus calamidades, considerando los dioses como unos genios favorables, que se producian quando era necesaria su operacion; sin hacerles disonancia que adquiriesen el ser y la divinidad en las miserias de la naturaleza.

Conocían una Deidad superior á todas.

Era un Dios sin nombre.

Creían la inmortalidad del alma, y daban premio y castigo en la eternidad: mal entendido el merito

Conocían la inmortalidad.